

Habitar infraestructuras

ROBERTO FERNÁNDEZ



THEMA 6 presenta aportes y avances del doctorado de la FADU-Udelar en curso para la cohorte 2018-2020. Tal compilación de trabajos de docentes y doctorandos se propone bajo el título *Habitar infraestructuras* dada cierta recurrencia a asumir aspectos de la complejidad material del hábitat urbano y territorial y de cómo se disponen nuevas *figuras de habitabilidad* (o sea, de vida relacional y productiva), considerando la necesidad de colonizar aquella dimensión con que la materialidad de ciudades y territorios se organiza en torno de la noción de *infraestructura*, que hasta hace poco parecía un campo exclusivo de las ingenierías técnicas.

Autores como Stan Allen y toda una pléyade de geógrafos noveles han puesto bajo un nuevo foco la cuestión de las grandes estructuraciones tecnoespaciales que han ido afrontando, quizá de un modo excesivamente especializado; aspectos tales como la movilidad, la energía, la comunicación, el intercambio o la agroproducción. Hoy emerge un interés en romper aquel determinismo

técnico de enormes aparatos para cada función de las citadas, para empezar a pensar que estas podrían o deberían ser objetos sustanciales de interés proyectual; un interés que, por empezar, debería tender a la *omni-funcionalidad* —más allá de aquellas especificidades—, bajo la idea de reconceptualizar tal ingente dotación técnica de mutación de lugares y paisajes en *material de proyecto*. *Habitar*, pues, las *infraestructuras* que atraviesan y transforman los continuos urbano-rurales hoy podría ser un tópico referencial de nuevos desafíos proyectuales, sea coactivando estos artefactos (como en los proyectos *micro* del grupo inglés Assemble Architecture o las formulaciones *macro* de propuestas como las del grupo SM, en la puesta en habitabilidad de una presa hidráulica que plantean en el trabajo Superbowl para Tailandia o la propuesta de una Living Dam, según Louis Sullivan), sea tras la intención que une a Niemeyer con Hadid alrededor de la noción de *suelo inflado*, o sea plegar las cotas cero para generar territorialidades nuevas y geografías urbanas



más diversificadas que aquellas de las cuadrículas de predios, calles y plazas.

Entre los «Aportes», registramos entregas de cuatro intervenciones seminariales que ocurrieron en esta cohorte. El ensayo de Carlos Tapia —«Diploma(g)ia arquitectónica»— es una densa exploración de una fenomenología contemporánea de pensamiento que recoge temas como cierta predominancia de una *razón-mujer* (evidente en posiciones como las científico-filosóficas de Stengers o Mouffe y políticamente eficaces si se miran recientes *performances* de gestión de líderes como Arden, Merkel o Fredericksen) hasta las flexiones *diplomáticas* entre necesidades reales y deseos inconfesables (aunque ya no tanto, pues una muestra del colapso de lo moderno-social es, precisamente, legalizar cualquier previa posible desmesura de una lógica del rendimiento) que rediseñan la vida de las ciudades, con episodios tan singulares como la plaza Fosun, de Nueva York (pequeña muestra de cómo los chinos reelaboran el discurso del ultracapitalismo

directamente en su antigua capital ideológica), que, por otra parte, remiten a aspectos de aquellos procesos nuevos que generan habitabilidades alternativas en las enormes infra- y superestructuras que intenta radicar —o instalar en los suelos— la potencia del capital.

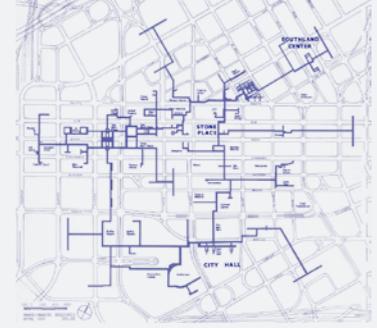
El ensayo de Angelo Bucci —«São Paulo, razones de arquitectura. De la disolución de los edificios y de cómo atravesar paredes»— es un fragmento de su tesis doctoral que se publicó en libro en San Pablo. Se trata de una profunda meditación sobre su ciudad en la que utiliza discursos encuadrantes como los del célebre geógrafo Milton Santos o los del filósofo del realismo lógico Wittgenstein. Todo ello para explicar variantes conceptuales del modo de proyectar de su maestro y socio en alguna ocasión, Paulo Mendes da Rocha (quien había planteado una célebre impostación proyectual de un espacio natural en su conocida cuadrícula del área de la bahía de Montevideo), y, en definitiva, para interesarse en considerar la diferente modelación histórica que varios



proyectistas hicieron del *desnivel* que opera en el área central paulistana (a la que ya había aludido Corbusier en su pequeño dibujo en que autopistas rectilíneas intersectaban el modesto morro) y que, en definitiva, no solo atesora una parte importante de la historia urbanística de dicha área, cuanto, según la provocativa propuesta de Bucci, se convierte en el más sugestivo potencial de proyecto para enriquecer el área central aludida. El análisis de Bucci sobre su propia ciudad —que, a primera vista, es una suerte de *tabula rasa* original, cribada de altos edificios— es el de considerarla una doble infraestructura, natural y desdibujada junto a otra, artificial y yuxtapuesta de diversas operaciones fallidas y construidas, que cabe entenderla para poder proyectarla y habitarla.

El trabajo de Vicente Medina, Patricio Corbella y Catalina Iosa Obeid —«Arquitectura y filosofía: interdisciplinariedad y deconstrucción»— es un fragmento significativo del denso seminario dictado en mayo de 2020, en Montevideo, por Vicente Medina —ahora reelaborado con dos compañeros

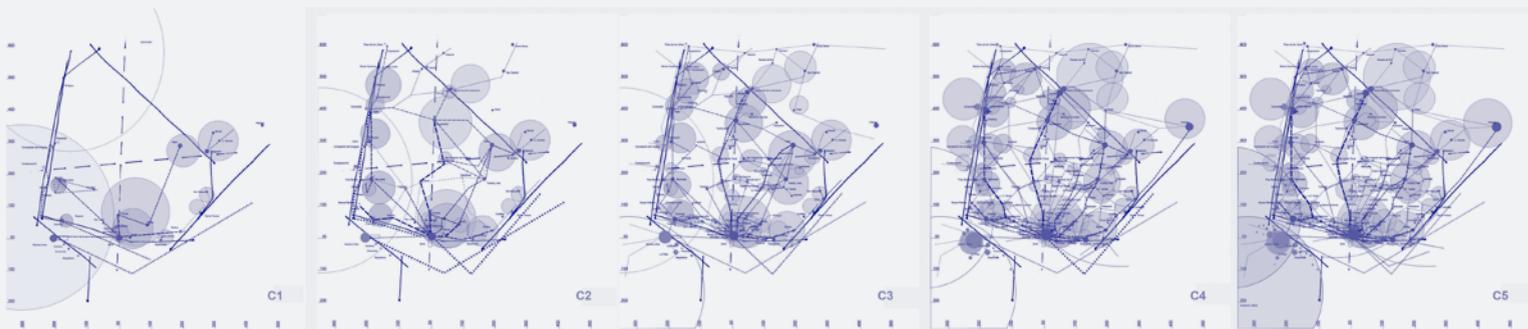
de investigación—, en el que, explicitando la doble bitácora de su propia formación superior española en arquitectura y filosofía, se presenta la urdimbre de relaciones entre la arquitectura y filosofía deconstruccionistas, ambas esgrimidas respectivamente por Eisenman y Derrida y, algunas veces, por el cruce fecundo de su colaboración mutua. Aquí, por una parte, se estructura el pensamiento fluido de un posestructuralismo que, por lógico y certero, no deja de ser laberíntico y hasta lúdico y que expresa la potencia organizativa de las prácticas que emergen de sus complejidades discursivas, de modo que *lo dicho* o *escrito* se presenta como un material moldeable a interpretaciones y redicciones capaces de describir las complejidades de yoes y mundos (como lo descubrieron y aplicaron tanto Freud como Marx) y que puede entenderse como la casa o el nicho en que siempre fructificarán otros discursos, como si ello alcanzara la metáfora de una *infraestructura por habitar* (para Eisenman) y *por enunciar* (para Derrida). Todo lo cual se evidenciará en *proyectos que vienen de*



proyectos o de discursos-otro, como el esbozo de *Chora* en La Villette, los miles de Terragnis posibles de deducir de su casa Frigerio o la eventración de un lugar de Viena para acoger la plaza Schiller.

El escrito de Pablo Frontini —«Notas sobre arquitectura moderna en Uruguay»— plantea temas de su seminario y de sus propias investigaciones, como su conocida tesis de exhaustiva y definitiva documentación y catalogación de la extensa obra de Raúl Sicheo, en este caso, expandiendo generacionalmente su análisis a una producción más colectiva, que pudo plasmar un compromiso de su aspiración radicalizada de *modernidad racional* con cuestiones concretas como edificar el paisaje cultural de la rambla montevideana —sobre todo en Pocitos— o darle sentido de *townscape* a Punta del Este, todo, además, haciendo uso ingenioso de las limitaciones tecnológicas para afrontar esa racionalidad moderna que no podía técnicamente alcanzar un estatus *international style*. Limitaciones ingeniosas que se convierten en destrezas

de proyecto, pues no replicar infinitamente impersonales *curtain-walls* logra recuperar la necesidad de resolver un lenguaje con la necesidad de pensar, casi en grado cero, un antepecho, una modulación de aberturas o una solución de la planta baja libre. Esa densidad de *replicaciones de estilo* en varios centenares de edificios en altura construidos, en unas tres décadas, sin mayores oscilaciones del gusto termina por configurar esa *pantalla* que define y delimita el paseo costero de Montevideo y, a la vez, permite reflexionar sobre lo que hacían esos arquitectos en cada edificio. Parecía que tenían en mente —real o figuradamente— la figura de infraestructura o totalidad en la que tenían que insertarse para no ser estridentes ni disonantes. Fueron arquitectos exitosos, que hicieron mucho dinero, pero que pudieron manejar esa dialéctica entre el conjunto de la pantalla y cada pequeña intervención en un lote de ese frente con discreción y solvencia, alcanzando una flexión interesante de la maduración de la racionalidad moderna, que supo ser reconocida por analistas como Helio Piñón.



En cuanto a los «Avances», incluimos el trabajo de Alejandro Cohen —«Infraestructuras como arquitecturas, arquitecturas como infraestructuras. Estrategias proyectuales para una agenda contemporánea»—, que, ya desde su título, aborda uno de los núcleos de interés del tema monográfico presente, al discutir la interacción entre infraestructura y arquitectura poniendo, en su enunciación, quizá en crisis, la dominancia ingenieril de la infraestructura sobre la subalternidad proyectual de la arquitectura. Cohen participó en Córdoba del equipo que proyectó el CCC (Centro Cultural Centenario), que aprovechó cierta indefinición programática, que pedía, en primer lugar, erigir, por así decirlo, un *monumento político*, para diseñar un nuevo espacio público de la ciudad, cuyas plegaduras de suelo inflado y modelado albergan un programa cultural y museístico. Se alcanza, así, a producir una de las escasas piezas regionales de una *arquitectura de infraestructura* o una *infraestructura complejamente arquitecturizada* (finalmente, se trató de proyectar una

gran plaza), con la cual se postula la demanda de afrontar en modo proyectual la futura infraestructuración de las ciudades y sus expansiones, lo cual tiene su épica, pero también sus riesgos. Cohen intenta, todavía en forma preliminar, configurar un catálogo tentativo de intervenciones, entre las cuales aparecen cultores desde Kahn, Archigram y Tange hasta Koolhaas y BIG, y grupos de afinidad regional como los paulistanos Mendes da Rocha y UNA.

El trabajo de Eduardo Bertiz —«La noción de *mediador infraestructural* en la construcción de la ciudad pública»—, en sintonía con el precedente, traza una descripción sistemática de los nuevos urbanismos y proyectos basados o ligados a grandes intervenciones infraestructurales, registrando conceptos y propuestas de urbanismos *aéreos* y *subterráneos* para llevar su argumentación a disectar, en la forma de la ciudad, la existencia formal de una serie de dispositivos organizativos —que denomina *mediadores*— que, precisamente, intentan conectar o articular



megafunciones (como la movilidad o el transporte) con respuestas formales que deberían matizar su determinismo ingenieril para devenir *piezas de paisaje*. O sea, allí aparece, nuevamente, la repetida prescripción —recurrente en esta publicación— de *proyectar* —para poder mejor *habitarlas*— las *infraestructuras*, entendibles como poderosas y únicas posibilidades de modelar el paisaje, a la vez de mejorar sustantivamente su funcionalidad, tal como su autor comienza a experimentar en un *set* de intervenciones a desarrollar en la rambla montevideana.

El trabajo de Verónica Pastore —«Campo. Territorios en disputa y territorialidades emergentes en el suelo rural de Uruguay»— asume, en cierto sentido, la polisemia del término *campo*, sobre todo en Sudamérica, donde puede entenderse como contexto o sustrato o fondo (en el uso que da Allen a la palabra *field* en su conocido artículo) y también como la plataforma rural, que es base de las naciones de esta región, sobre todo en su perfil agroexportador. Ese *campo* como *matriz de nación*

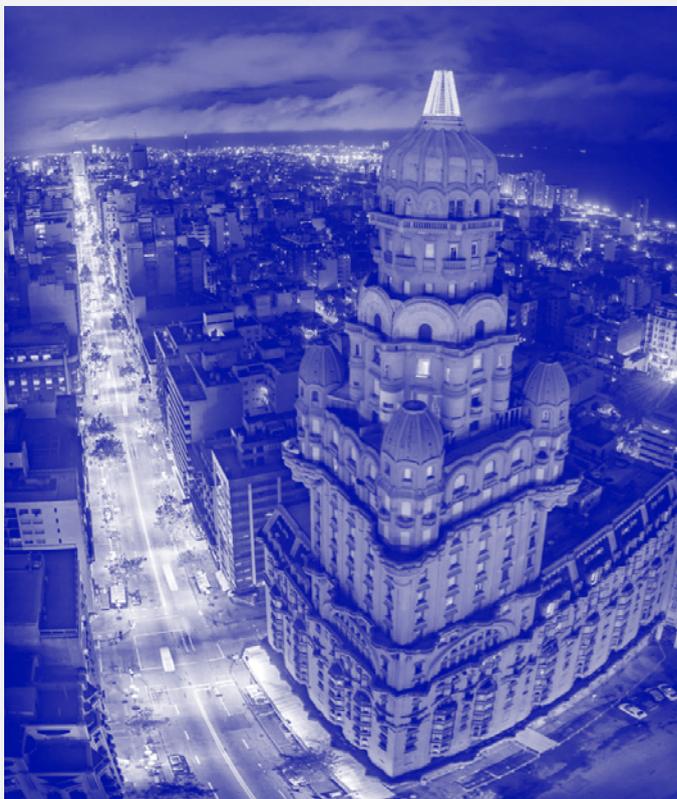
es, asimismo, una o varias *territorialidades*, según lo caracterizaron geógrafos diversos como Lacoste, Corboz o Santos. Sobre ese sustrato —que, en el contexto de este número, puede, asimismo, emblematicarse con la noción *envolvente y soportante de infraestructura*— Pastore continúa con su indagación de maestría para construir una noción poliédrica y estratificada de *campo* o *estructura de territorialidad*, que podría conformarse mediante una lectura de las relaciones dialécticas de superposición o contradicción que surgiría de las distintas modelizaciones de la territorialidad del campo-nación. En efecto, una multiplicada apelación a cómo se han configurado los *modelos sectoriales de territorialidad*: desde las simples circunscripciones político-administrativas hasta los sistemas de ciudades; desde los territorios de producción de *commodities* hasta los diversos mapas de *infraestructuras conectivas* o redes (de movilidades físicas, comunicacionales o energéticas y múltiples etcéteras). Todo ello funge como material a componer y analizar



en busca de patrones de organización e intelección de lo homogéneo y lo diferente en tal campo-territorio, para aventurar estrategias de organización y gestión alternativas y superadoras de dicha multimodelización, que responde, a menudo contradictoriamente, a expresiones espaciales diferenciadas de cada política pública sectorial.

La contribución de Alma Varela —«Habitar concurso. Articulaciones entre proyecto y uso de las casas de Arquitectura Rifa»— se plantea afrontar el estudio, no demasiado emprendido fuera de unos pocos trabajos, de un formidable repositorio de arquitectura contemporánea —y hasta de *vanguardia*— que es el que compone el conjunto de más de 60 casas unifamiliares proyectadas y construidas anualmente a lo largo de tal número de años por ganadores de concursos *ad hoc* de alumnos avanzados de FADU-Udelar, cuyos proyectos se construían y ofrecían como premios de una rifa que costeara, en parte, los gastos del conocido viaje de fin de curso que grupos de estudiantes uruguayos hacen cada año al

final de su carrera. Las características singulares de ese catálogo de *óperas* primas son abordadas por Varela en la pretensión de indagar dos aspectos. El primero atinente a la producción de los proyectos y el tipo de debate que se plantea, cada año, en torno del concurso, sus bases y premiaciones, y, en definitiva, la posibilidad de discernir ciertos baremos de calidad proyectual en el seno del debate académico, pero ya con cierta condición de inicio de profesiones o *performances* profesionales —o no—. Y el segundo como la contraparte menos conocida o más opaca, referente a la recepción social de esos productos, su competencia con relación a los usos y su capacidad —o no— de dar respuestas satisfactorias a necesidades familiares. El análisis doble, así propuesto, compone una inmejorable muestra para indagar en la dual cuestión de las *sociologías de la producción y consumo* de esos *objetos de deseo*, cuáles son las casas vanguardistas que emergen del seno de la experimentación de la facultad. Hay aquí, siguiendo con la metáfora que nombra este número

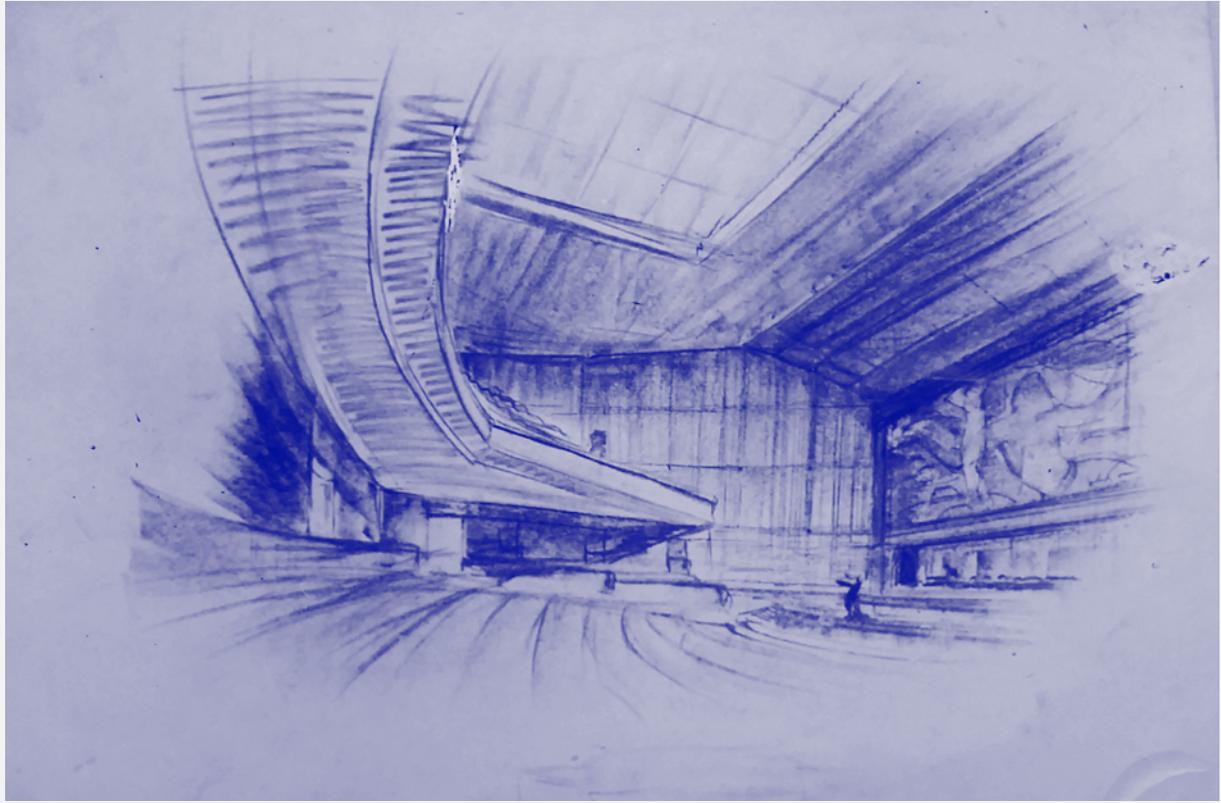


(*habitar infraestructuras*), una posible dialéctica —a veces, frontalmente divergente o antagónica— entre la necesidad de hábitat y ciudad que existe en la infraestructura social y la forma experimental, a menudo fallida, con que las vanguardias proyectuales procuran tratar de suministrar habitabilidad a esa necesidad colectiva.

El aporte de Johanna Hernández —«Urbanismo táctico. Estrategias de planificación de espacios colectivos desde la microescala»— aborda el análisis de un creciente módulo de producción de arquitecturas sociales o participativas basado en modelos alternativos de diseño y gestión que surgen de organizaciones populares o colectivos sociales integrados por diseñadores que no ocupan una posición paternalista en el proceso de diseño y que, a menudo, producen ciudad o eventos de ciudad que se desarrollan al margen del Estado y del mercado y que la autora caracteriza como *acciones bottom-up* o *formas de urbanismo táctico*, cuya metodología genérica trata de modelizar y, a la vez, explicar en muestras del creciente número de organizaciones

que emprenden esta clase de acciones en todo el mundo, pero preferentemente en América Latina, región de la que se analizan las actividades de grupos como Arquitectura Expandida (Colombia), Ciudad Emergente (Chile) y Espacio Lúdico (Chile). La autora apunta que su caracterización de urbanismo táctico implica, en cierta forma, una *acupuntura* en forma de *proyectos de espacio público* en condiciones *microescalares*, y aquí aparece otro plano de la metáfora de *habitar infraestructura*: en este caso, más bien activar —con *microacciones*— *la ciudad común*, entendida como plataforma discreta de tejidos y habitabilidades. La indagación en curso se completa con una faceta de inmersión de la autora en los grupos que trabajan en Montevideo en esta dirección, en este caso, un colectivo de actuación en el barrio Ellauri, en Casavalle, en la periferia de Montevideo.

El ensayo de Macarena Risso —«Luz en el espacio urbano. La luz como herramienta de composición del ambiente nocturno en Montevideo»— enfoca como una función o actividad aparentemente discreta y técnica



como es la necesidad de iluminar el espacio público de las ciudades —próspera según las aportaciones pioneras de expertos como Kelly y, fundamentalmente, Narboni— hacia un modelo completo y alternativo de planificación urbana que puede dinamizar cuestiones diversas, tales como reactivar los usos públicos y mejorar la seguridad ciudadana, como revalorar los paisajes naturales y culturales patrimoniales de las ciudades, y potenciar sus atractivos para usuarios locales y turistas, así como asegurar y mejorar los flujos nocturnos de las movilidades. En este caso, la producción planificada de una inédita infraestructura luminotécnica puede aportar o superponer otra dimensión infraestructural que recalifica el espacio y expande y multiplica su habitabilidad y consumo social, redescubriendo y activando el uso múltiple y complejo de la ciudad nocturna, contribuyendo a modificar su condición inhabitable, insegura y poco y mal utilizada.

La contribución de Miriam Hojman —«El yo artista. El arte en la teoría y la práctica de Mauricio

Cravotto»— implica un avance puntual —alrededor de uno de sus protagonistas: Cravotto— de su investigación doctoral en torno de las relaciones complejas entre arte y arquitectura en los años treinta en Montevideo, entendido, a su vez, como teatro específico de un fenómeno mundial que, coetáneamente, también se manifestaba en París, Moscú o Nueva York. Se trata de analizar el fenómeno complejo de cierto imaginario arquitectónico que podría expresar el término *art déco* (aplicado como emergente de la arquitectura de la exposición parisina de 1925) y que formula complejas caracterizaciones ideológicas o discursivas, que, por una parte, pretenden atenuar el rigorismo mudo de las vanguardias abstractas practicando un modernismo más amable o retóricamente suplementado con mensajes emergentes del arte figurativo aplicado y, por otra, dar cuerpo a cierta ideología de la época de los treinta, asociable a ciertas necesidades de propaganda de estados de voluntad protagónica en el gusto popular y con inclinaciones totalitaristas que se expresarán a través de



regímenes tan diversos, como los de Stalin y Roosevelt, Mussolini y Hitler y, en el caso uruguayo, en la década caracterizada por la dictadura de Terra. El caso de Mauricio Cravotto que aquí se presenta expone la complejidad y contradicciones de toda esta emergente arquitectura moderna, todavía con la dubitación de compromisos de legibilidad pública y apelando al sistema ultrarretórico del *art déco* y a la cooperación de las artes (escultura, pintura, muralismo, etcétera), y también con complejos posicionamientos ideológicos en el seno de las cuestiones de la política dominante de esa década. Podríamos traducir aquí nuestra metáfora genérica de *habitar infraestructuras* como aquella de *comunicar ideologías*, que quizá califique formas dominantes del trabajo proyectual de entonces.

En la sección «Argumentos», propuesta para analizar y revisar las últimas contribuciones críticas sobre Teoría del Proyecto, se incluye el escrito de Miguel Gausa —«Jugar y mirar»—, en que realiza una caracterización amplia del libro de Alessandro Baricco *The Game* (Torino: Einaudi, 2018;

Buenos Aires: Anagrama, 2019) y examina como indudable guía didáctica del triunfo rimbombante de la explosión del mundo comunicativo verificable en instituciones o infraestructuras (como la red Internet o las múltiples *apps*, como Facebook, Youporn, Tinder o Instagram, o en el apogeo de los grandes profetas de inicios del XXI, como Gates o Jobs —‘puertas’ y ‘trabajos’, dicho sea en nuestro idioma—), fenómeno que Gausa, encaballado en su causa-actar, analiza en paralelo al cambio interno disciplinal de una arquitectura que también disuelve su hipermaterialidad y procura reinventarse en comunicación, inmaterialidad, programación y encauzamiento proyectual de un mundo cada más interactivo sin haber dejado —o, incluso, agravado— sus condiciones de desigualdad.